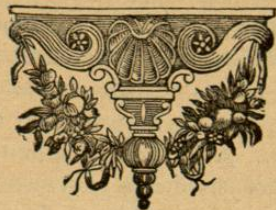


—He cumplido con mi deber, y nada más.
Y los tres se largaron á dormir, tan satisfechos y tranquilos, como si no fueran, cada uno á su modo, merecedores de un grillete.



XVII

MÁS LEÑA AL FUEGO

CURRIÓ al otro día lo que era de esperar: los antes adictos á don Román, que habían aistido al banquete, no estaban aún bastante corrompidos de alma para meditar sin remordimientos sobre lo que habían hecho y dicho la víspera. Hasta entonces, desde que dieron en ir á la taberna á presenciar las peripecias del famoso partido, sostuviéronlos, contra las protestas de la conciencia, el atractivo del espectáculo, la golosina del jarro y, sobre todo, la esperanza del gran acontecimiento pascual. Pero éste había pasado, y nada veían por delante, cuyo saboreo les endulzara las amarguras de los recuerdos.

Los más borrachos en el festín se afanaban al día siguiente por saber de sus mujeres qué habían hecho ellos durante la noche, desde que salieron de la taberna hasta que se fueron á

dormir; y cuando se les dijo que habían insultado groseramente á don Román, se aturdiron. Idéntica impresión causó el recuerdo de este suceso en los que tenían una idea vaga de haber tomado parte en él. Parecíales excesivo el desacato, ó, cuando menos, poco sazonado.

Pero como ni el ofendido había de brindarles con el perdón, ni ellos pensaban ir á implorarlo, ya porque probablemente no le obtendrían, ya porque, después de todo, don Román los había traído *engañados*, y en su derecho estaban alejándose de él, hicieron lo que hace todo el que quiere acallar los gritos de la conciencia: empeñarse en engrandecer las causas de la caída, para justificarla á sus propios ojos. Desde entonces se buscaron con ansia unos á otros; y haciendo buenos á Lucas y á los Rigüeltas, aunque movidos de diferente propósito que éstos, descuartizaron los de don Román, exprimieron sus jirones, de lengua en lengua, y no los soltaron hasta que de las fibras de los más santos hubieron extraído las más absurdas indignidades. ¡Qué bien los conocía el nobilísimo caballero!

No le iba en zaga Patricio en este punto; y prueba de ello es la visita que, no bien se levantó al otro día, hizo á don Gonzalo. Le halló gozoso y hasta rejuvenecido.

—Camará—le dijo el indiano al verle entrar,

—sabe usted más que Lepe... ¡Cascaritas, si hemos corrido en poco tiempo!

—Pues lo que importa, señor don Gonzalo—respondió Patricio,—es que no perdamos en una semana lo que hemos ganado en tres... y á tratar de eso vengo yo.

—Hable usted, pico de oro.

—Pues hablo; y digo que no conoce usted á esta gente.

—Confieso, camará, que no tanto como usted.

—Pondría las dos orejas á que hoy andan parte de los que tanto ruido hicieron anoche, metiéndose por los bardales para que no los vea el sol.

—¿Arrepentidos?

—Los más.

—¿Teme usted que se vuelvan á *la otra casa*?

—Eso no, porque ni allí los admitirían ya, ni ellos entrarían de buen aquel con el escajo que tienen en el alma, gracias á este pico y al muy resalado del hijo mío. ¡Vaya si lo ha trabajado á ley el muchacho!

—No lo ha hecho mal.

—¡Le digo á usted que como unas perlas!

—Pues que siga por ahí.

—No vale eso ya, don Gonzalo: una razón puede matarse con otra.

—Y ¿cómo no ha sucedido eso en tantos días?

—Porque en ninguno de ellos ha faltado el

vaso de vino para remachar la palabra; porque los hemos tenido como rebaño de bestias, salva sea la comparanza, acorralados en la taberna; porque al olor del pienso de ayer, se fueron metiendo, metiendo, y no vieron el barro hasta que les llegaba á la boca.

—Bien ¿y qué?

—Que ya se hartaron, y que como no tienen otra becerra en qué pensar, pensarán en lo que han hecho.

—Enhorabuena, camará; pero esas fiestas no se pueden tener cada día: son muy caras.

—No lo niego; pero se inventan otras más baratas.

—Mire que esta guerra me balda; y considere, caracoles, que de quince días acá, no hago más que botar dinero.

—Otros lo botaron antes... Y, por último, también ha visto usted en su casa, haciéndole la rosca, la nata y flor de la tertulia del señorón

—Pshe...

—Y desde media legua le saluda á usted la gente.

—Puede valer más el coscorrón que el bollo.

—Pero el asunto era sacar á la gente de *la otra casa*, y esto ya lo conseguimos.

—Pues ahí estábamos antes, camará; y á ello le dije que para llegar al fin que deseamos, que bien sabe usted que no es todo la vanidad

de tener yo el respeto que ayer se llevaba ese caballero, sino el bien de estas gentes...

—Entendido: ¿y qué?

—Que sigan predicando los que para ello valgan.

—También dije yo á eso que una palabra se borra con otra palabra; por lo que sostengo que basta ya de sermones.

—Pues ¿qué se necesita?

—¡Taberna, taberna... y taberna! Mire usted, señor don Gonzalo: yo no sé en qué consistirá; pero es el Evangelio que hombre que toma ley al vaso y al palabreo que va con él en la taberna, no sirve para otra cosa: cuente usted que lo que entre sorbo y sorbo se le mete debajo de los cascos, no sale de allí más que con la mortaja.

—Santo y bueno; pero ¿qué tengo yo que ver en eso?

—Allá voy. Yo no digo que se les dé una becerra cada día; pero puede hacerse otra cosa. Hoy, supongamos, hace bueno y se arma un partido á los bolos, y se juega un plato de callos... Pues seis que juegan y catorce que miran, son veinte; estos veinte que van luego á comer lo jugado á la taberna, y veinte que se arriman al olor, son cuarenta... y, desengáñese usted, con cuarenta personas por delante, cualquiera cosa que uno diga ó que uno haga

campa y luce... Lo que digo de los bolos, porque hay buenos jugadores entre *los de allá*, digo de la baraja.

—Pues háganlo, ¡canastillas!

—Sí; pero usted debe comprender que así, en frío, no se encuentran en cada calleja hombres que jueguen cada día una merienda... quiero decir, que la paguen.

—Y ¿qué pretende, camará?

—Que mientras la gente se va animando á hacerlo de por sí, se me autorice para remedar entre cuatro amigos un escote en que puedan entrar otros cuatro convidados.

—¡Ajá!... ¡te ve!

—Y cuando la gente se vaya calentando, y en una merienda se arme otra, y no se cierre la taberna hasta las dos de la mañana, verá usted cómo al otro día el rozón se cae de la mano, y los maíces no se sallan, la yerba no se siega y las vacas se enflaquecen.

—¡Guapísimo, camará!

—Pues á ese estado tiene que llegar Coteruco, si hemos de mandar en él; y como usted me ayude un poco, respondo de alcanzarlo en todo este verano.

—Y estando así la gente, ¿piensa mango- nearla á su gusto?

—Mire usted, don Gonzalo... yo no sé en qué podrá consistir, aunque ello es la pura verdá:

en mi vida pude meter el diente á un hombre trabajador; pero que le dé por la holganza y la bebida: ya estoy yo haciendo de él lo que se me antoja... Sí, señor, tengo esa gracia, aunque me esté mal el decirlo.

—¿Y cree usted, volviendo á lo principal, que si los dejamos de la mano se largarán, á pesar de lo que hemos adelantado?

—Se van, un pie tras otro, y sin gloria ni provecho para nadie. Los perderá el señorón, y no los ganaremos nosotros... ni, lo que es peor, la libertad; porque ellos solos se irán consumiendo poco á poco, cayendo aquí y levantándose allá.

—Pues, camará, yo para nada los necesito.

—Pues por el lado que los tengo se pudran, señor don Gonzalo.

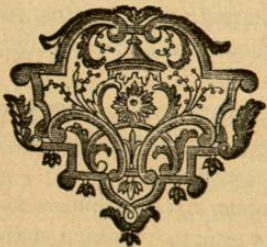
—Sin embargo, carambita... ¡eso de que la libertad los pierda también mañana ú otro día!... Señor Patricio, las grandes causas piden grandes sacrificios... Ya que empezamos á beneficiar á este pueblo, que no se quede la obra á medio hacer por ese pico más ó menos... ¿Me entiende, camará?

—Como si cantara yo por su boca de usted, señor don Gonzalo.

—Pues no hay más que hablar.

Y se largó el pícaro, muy satisfecho, quedándose el otro muy remilgado y complacido.

Dos horas después, se fué el indianete á ver á Osmunda y á Lucas, en cuya compañía pensaba saborear la pimienta de los comentarios sobre los sucesos de la víspera, y hasta los futuros.



XVIII

LUZ ENTRE SOMBRAS

No necesito hacer grandes esfuerzos, seguramente, para que el lector se persuada de que la bacanal de la pascua causó á don Román una amarguísima pesadumbre. Era vanidad lícita la que él tenía en considerar aquel pueblo, morigerado y feliz, como obra suya. A ella había consagrado lo mejor de su vida; se había acostumbrado á ver en cada labrador un hijo que necesitaba sus cuidados y sus desvelos, y se los dedicaba con la incansable abnegación de un padre. ¡Y todo aquel edificio, levantado á costa de tantos esfuerzos, se desplomaba en pocas horas, socavados sus cimientos por la piqueta alevosa de cuatro miserables!

Pero si todo esto era triste para su alma generosa; si el corazón se le desgarraba al ver cómo aquellos desgraciados iban, paso á paso, acercándose al abismo; si la ingratitude de to-

dos ellos, aunque no le sorprendía, le atormentaba, ¿qué no sentiría el noble caballero cuando se vió insultado por una turba de borrachos, que antes fueron hombres de bien y objeto de su cariño, y que, á la sazón del agravio, aún le debían hasta la camisa que llevaban puesta?... Dudó de sus propios oídos y hasta de su razón. ¡Tan enorme juzgaba el atentado! Quiso convencerse de que aquellos improperios y aquellas groserías é indecencias, arrojados á su nombre por discordantes y tartamudas voces, eran alucinación de sus sentidos; que tantas inmundicias como el silencio de la noche introducía en su hogar por huecos y rendijas, no eran lanzadas en son de afrenta por los hombres que habían aprendido en su cocina á ser honrados y felices; y abrió una ventana. El ruido que produjo fué el que dispersó á la ebria muchedumbre. Al sentir sus pasos atropellados y percibir los bultos sustrayéndose, en la densa obscuridad de los callejones inmediatos, al poder maravilloso de sus pupilas, no le quedó la menor duda de que no le engañaban los sentidos... ¡Los miserables que le habían insultado eran aquéllos que corrían como ladrones sorprendidos en el crimen!

Sintió su pecho oprimido, y el fuego de un volcán en el cerebro. Un cuarto de hora permaneció asomado á la ventana, sin darse cuen-

ta cabal de lo que hacía. El fresco ambiente de la noche fué templando poco á poco el ardor de su frente, y entonces su vista y sus ideas se elevaron á la esplendente bóveda, cuyos sublimes misterios eran la suprema ambición de su alma cristiana y de su fe incorruptible. Admiró la divina grandeza que en obra de tanta maravilla se le mostraba, y ofreció, en descargo de su debilidad, aquella miserable pequeñez que servía de tormento á su flaca naturaleza.

Más en reposo su espíritu después de haberle elevado sobre las viles pasiones de la tierra, recogióse á su habitación y oró como de costumbre; pero el sueño no cerró sus párpados. Había logrado dominar su indignación sobreponiéndose al motivo de ella; pero sus ideas, si bien en región serena, libraban en su cerebro, aunque lenta y ordenada, muy reñida batalla. Acusábanle de no haber sabido completar su obra. Había logrado construir el edificio; pero no acertado á darle la necesaria consistencia para asegurarle contra los asedios de un mal intencionado ó de un envidioso. De indóciles, descuidados, suspicaces é indolentes aldeanos, llegó á formar un pueblo de inteligentes, laboriosos, morigerados y felices labradores; pero algo dejó de hacer, algo faltó á su obra, cuando en tan pocos días se derrumbó lo que se fué elevando en el transcurso de muchos

ley divina y de la ley social. El primero señala el vicio y le condena; el segundo le busca, le persigue en sus madrigueras y le extermina... Este último ha faltado aquí, no el primero, que, ni por un instante, se ha separado de su deber. Pero ¿quién pudo en este pueblo ejercer tan delicado cargo y ser, á la vez que juez severo, padre cariñoso y vigilante de sus administrados? ¿Quién pudo, en la ocasión presente, haber atajado el mal en sus orígenes, y exterminarle, en vez de hacerle irreparable uniéndose á los malvados y aplaudiendo sus iniquidades?... Nadie más que yo, sin el propósito que siempre hice de no aceptar cargo ni preeminencia que pudiera traducirse en logro de mezquinas ambiciones. Pero ¿qué hay que fiar de la virtud que necesita un tutor para no dar á cada instante en las garras del vicio?... ¡Extremada sutileza!... Pues ¿cómo se guardan de los ladrones las alhajas? Con cerrojos. Hay que considerar que no se trata de una virtud aislada, de un hombre que se encierra en su conciencia y en su casa: se trata de un pueblo entero que tiene muchas puertas abiertas al campo de las asechanzas, y escasos centinelas que sepan distinguir el enemigo del hermano... Pero también es triste que un pueblo virtuoso no pueda guardar e por sí mismo... ¡Y qué ha de hacer un conjunto de virtudes pegadizas, hijas

del egoísmo en su mayor parte, sino quebrarse al menor descuido, si las adquiridas por el convencimiento y templadas al fuego de todas las batallas, se adulteran, se corrompen... y hasta se venden? ¡Ay!... ¡Es que nos olvidamos de nuestra condición miserable; de que habitamos, como de tránsito y por supremo designio, este montón de tierra donde la vida es un perpetuo deseo, y nuestro viaje una incesante caída!... Pero así y todo, ¿pude yo, con mis propias fuerzas, evitar la que ahora lamento? ¿He cumplido con mi deber cruzándome de brazos enfrente del enemigo? Sí: luchando contra él, le daba una importancia que me desautorizaba: ciertas acusaciones no debe mencionarlas un hombre honrado, ni aun para desvirtuarlas, porque se mancha con ellas y rebaja el nivel de su dignidad; y la mía es aquí muy necesaria. Si mañana vuelven á mí esos hombres, me encontrarán limpio hasta del polvo de esta inicua batalla, y no me creerán animado del deseo de venganza, porque no me han oído quejarme del agravio... Sin embargo, esto es cuestionable, como lo es también si yo pude dar á sus criterios más luz, sin tocar el extremo de que huía... Pero ¿quién es el hombre que en tan espinosa materia se atreve á decir, sin temor de equivocarse: «hasta aquí lo conveniente; desde aquí lo temerario?» Y, en esta

duda necesaria, ¿debe pecarse por exceso, descorriendo todos los velos, ó por defecto, ocultando todo lo peligroso? ¿Es preferible el deslumbramiento del primer caso, ó la sorpresa á que se expone una curiosidad excitada de pronto? El primer extremo es inevitable; el segundo es contingente... luego el segundo es preferible. Y, entre tanto, no hay duda, mi obra ha sido imperfecta. ¡Ceguedad humana! ¡tanto blasonar de lince, y no penetran nuestros ojos más que la costra miserable de las más comunes dificultades!»

Y en esta batalla empeñado, quedóse al fin dormido el noble Pérez de la Llosía, dejando la cuestión intacta, como seguirá, si Dios no dispone otra cosa, por los siglos de los siglos.

Tampoco dormía Magdalena mientras velaba su padre: las pesadumbres de éste y las inquietudes propias, le quitaban el sueño. No ignoraba la candorosa doncella, por informes adquiridos por Narda, que andaba don Gonzalo en la conjuración, y antojósele que pudiera ser causa de la actitud del indiano, el desaire recibido por éste en sus pretensiones amorosas. En tal caso, ella era quien acarrea á su padre tan amargos disgustos. ¡Qué consideración tan dolorosa para la pobre niña!

Inquietábale, asimismo, la inexplicable des-

aparición de Álvaro. Desde el día de la feria de San José, no había vuelto á verle, ni á saber de él. ¿Dónde se hallaba? ¿Por qué hizo conocer á su virgen fantasía regiones de luz, para complacerse luégo en rodearla de tinieblas? ¿La habría olvidado ya? ¿Estaría enfermo?... Magdalena salía muy poco de casa, y entre Sotorriva y Coteruco había rarísimas comunicaciones y sobrada distancia para que pudiera curarse de dudas tales sin exponerse á publicarlas; y aún no estaba ella en el caso de correr este riesgo, cuyo temor la había obligado, acordándose de la advertencia de su padre, á prohibir á Narda que diera un solo paso en averiguación de la verdad. Pero debemos hacer justicia á los nobles sentimientos de la doncella: en la noche de que se trata, más que en Alvaro pensaba en su buen padre, insultado por un populacho soez é ingrato; en su padre, que lloraba el fracaso de unos intentos á los cuales había consagrado lo mejor de su vida; y en el deseo de aminorar el dolor que le atormentaba y remediar el mal en lo posible, buscaba en su corazón fuerza bastante para llevar á cabo un proyecto más heroico que razonable.

En estas cavilaciones la sorprendió la luz del alba, que se introdujo por los entreabiertos postigos de su balcón, no á despertar, como en lo ordinario, los risueños cuadros de su juve-

nil imaginación, sino á alumbrar los pavorosos fantasmas que por ella vagaban.

Levantóse y abrió todas las vidrieras; y aunque la estancia se inundó de luz y el día se presentaba sin una sola nube en el cielo, parecióle éste obscuro y sombrío, como cuando los vapores se aglomeraban en él para descender sobre las montañas y bajar al valle convertidos en torrentes. Se asomó al balcón, y vió á su padre en la huerta. No le extrañó el suceso, porque don Román madrugaba siempre; pero le halló sereno y tranquilo ocupándose, con un criado, en dirigir las ramas de un cerezo; y aunque tampoco esto le causó admiración, porque conocía el temple de aquella alma, dió alivio á su pesadumbre, pues las penas son menores cuando se las domina, como las dominaba su padre.

Envióle los buenos días, envuelto el saludo en una sonrisa forzada, y se le devolvió don Román con otro que parecía decirla: «No has cerrado los ojos en toda la noche.»

Permaneció mucho tiempo en la huerta. Más de las diez eran cuando entró en casa. Magdalena le esperaba para hablar con él. ¿Huía el buen padre de entrar con su hija en explicaciones sobre lo que se proponía ir olvidando poco á poco? Todo es creíble. Pero Magdalena, que quizá lo sospechaba, sentía la

necesidad de descargar su conciencia de un grave peso, y así despertó la curiosidad de don Román. Hízole saber los recelos que la inquietaban, de que su resistencia á aceptar la mano de don Gonzalo fuera la causa de la conducta de éste, y se declaró «dispuesta á todo,» si con ello los odios se acababan y volvían las cosas á su anterior estado.

Entendióla su padre, y enderezándose nervioso, como si acabara de morderle una víbora,

—¡Tú!—exclamó, lanzando sus ojos rayos de indignación.—¿Y me haces á mí capaz... ¡Virgen María! de arrojarte á esos alanos para acallar sus ladridos!... ¿Tan desacordado me crees! ¿En tan poco te estimas, hija mía!

En seguida se acercó á ella, la miró con ternura y la dijo acariciando sus manos ebúrneas:

—Hasta el supuesto de que se consumara semejante sacrificio, me horroriza, Magdalena.

Iba á contestar la joven, cuando súbitamente se quedó como estatua marmórea, clavados los ojos en la portalada, que se veía desde allí al través de las vidrieras del balcón. Don Román siguió con su mirada la dirección de la de Magdalena: Álvaro, á caballo, acababa de entrar en el corral.

Salió apresurado á recibirle á la puerta de la escalera, y momentos después estaban ambos

caballeros en presencia de Magdalena, conmovida y gozosa. Álvaro puso en manos de don Román una carta que decía así:

«Mi amigo y señor: Inveterados achaques tiénneme, por mal de mis pecados, prisionero en ésta su casa há ya largos días; y como éstos siguen corriendo sin que Dios sea servido darme la libertad con el alivio, resuélvome á decirle á usted por escrito lo que juzgo más digno de ser tratado de palabra; pero ni el asunto es de los que se prestan á largas treguas, ni á más que las vencidas se avienen las naturales impacencias del dador de la presente carta, que lo será, Dios mediante, mi hijo don Álvaro.

»Hame confiado éste su decidida y bien meditada inclinación hacia su señora hija de usted, la cual conoce sus sentimientos, y, por lo visto, no los desdeña. Por lo que á mí respecta, bendigo á Dios que se ha servido conducir el afecto de mi hijo hacia prenda de tan alto valor; y pues que en obtenerla estriba su felicidad, dejando siempre á salvo las particulares miras de usted, me atrevo á pedirle la mano de doña Magdalena para el citado don Álvaro, á quien por honrado, discreto y buen cristiano, fío yo con cuanto valgo y soy.

»Interin tengo la altísima honra de reiterar á usted verbalmente petición tan mal escrita,

sírvase dar á ésta la solemnidad que el valor del caso reclama, y contarme, como siempre, por su mejor amigo y S. S. Q. S. M. B.

LÁZARO DE LA GERRA.»

Cuando la hubo leído se la dió á Magdalena, diciéndola:

—Contigo va esto, hija mía: entérate.

Don Román dijo á Álvaro mientras Magdalena leía:

—Hacerme de nuevas en este asunto, fuera, señor mío, no sólo pueril, sino ridículo. Magdalena es mi hija, y es cristiana; y dicho está con esto que en materia tan delicada no ha tenido secretos para su padre. Conozco, pues, sus sentimientos más íntimos, y aceptando por garantía de la lealtad de los de usted la fianza de tan cumplido caballero como su señor padre, abiertas le quedan las puertas de mi casa, en la confianza de que no será Magdalena quien se las cierre... ¿Me equivoco, hija mía?

Bien sabe el lector que no se equivocaba don Román, y así lo confirmó la interpelada con una sonrisa tan pudibunda como elocuente. Luégo dijo el buen señor, no sin violencia, dirigiéndose á Álvaro:

—Una condición quisiera poner... he dicho

mal, una súplica desearía hacer en este momento solemne.

—¡Súplica usted!—exclamó la cariñosa doncella clavando sus ojos anhelantes en su padre, que luchaba heroicamente contra la emoción que estaba á punto de dominarle.

—Llámalo como quieras, hija mía... ¡Pero no te separes de mí jamás!... Don Álvaro—dijo al joven:—siendo niña, perdió á su madre; desde entonces tengo depositados en ella todos mis afectos... Si se va de mi lado, me quedaré solo... *jenteramente solo!*

¡Cuántos recuerdos asaltaron su mente en aquel instante! Leyólos todos Magdalena, y arrojándose en los brazos de su padre, le dijo conmovida:

—¿Cómo pudo sospechar usted que hiciera yo eso jamás!

—Felizmente—expuso Álvaro,—no hay para qué pensar en ello.

—Su padre de usted, señor don Álvaro—dijo Pérez de la Llosía,—tiene más de un hijo, si mal no recuerdo.

—Tengo, en efecto, una hermana.

—Entonces no será egoísta el señor don Lázaro: partiremos como buenos amigos, si llega el caso. ¿No es cierto?

Hablóse luégo mucho, y con gran contentamiento de los tres. Aquel día comió Álvaro en

la casa, y Narda hizo prodigios en la cocina, en honor de tanta fiesta.

Cuando fué hora de que don Román se retirara á reposar la comida, no á dormir la siesta, pues jamás adquirió tal costumbre, Álvaro, en cuyas manos puso aquél cortés y discreta carta para su amigo don Lázaro, montó á caballo y salió de Coteruco, acompañándole Magdalena con la vista hasta que desapareció en uno de los recodos del valle. El sol estaba entonces velado por las nubes, y no obstante, hubiera jurado la enamorada doncella que, al revés de lo que vió por la mañana, el campo y el firmamento y las montañas resplandecían de luz y de alegría. ¡Poder de la imaginación!

